

No fue, sin embargo, Chevalier quién inventó el término Latinoamérica. Chevalier perfiló en sus escritos el concepto de América Latina, pero no llegó a utilizar el vocablo. Habló únicamente de Europa Latina.

La primera vez que se utilizó la expresión América Latina —según Phelan (luego veremos que esta afirmación no es exacta)— fue en 1861, coincidiendo con la expedición a México, en un artículo de L. M. Tisserand, publicado en el número de enero de la *Revue des Races Latines*, uno de los más conspicuos órganos del panlatinismo. Entre 1861 y 1868 se empezó a prodigar entre autores franceses preocupados por los asuntos mexicanos. Phelan encontró, además del citado Tisserand, otros cinco publicistas franceses que lo emplearon: A. Malespine, en un artículo en *L'Opinion Nationale*; P. Pradier-Fodéré, en el prefacio a un folleto anónimo aparecido en 1864; el abate Domenech, en su obra *Le Mexique tel qu'il est*, P. Villefrange, en su obra *Le Panlatinisme: confédération Gallo-latine et celte-gaullaise, alliance fédérative de la France, la Belgique, l'Angleterre, l'Espagne, le Portugal, l'Italie, la Grèce*; y Detroyat en *L'intervention Française au Mexique*.

Por mi parte he encontrado un séptimo escritor francés, que por esas fechas también empleó la expresión América Latina. Se trata de Louis Enault, quien en 1868 publicó una obra titulada *L'Amérique Centrale et Méridionale*.

Que la expresión recién acuñada todavía no había adquirido carta de naturaleza en la terminología al uso en esa época, nos lo demuestra el hecho de que algunos autores se vieran obligados la primera vez que la utilizaron a explicar su alcance y significación. Así, por ejemplo, el *abbé* Domenech aclara al referirse a América Latina, «c'est à dire Le Mexique, L'Amérique Centrale et L'Amérique du Sud». Y Enault, en el prefacio de su citada obra declara que da el nombre de América Latina a la América Central y Meridional porque «fue descubierta y colonizada por los pueblos de la Península Ibérica, los españoles y portugueses, que por filiación directa están unidos a la civilización romana, y cuya lengua procede directamente —no sin mezcla— de la que se hablaba en Roma».

Es muy probable que en esa época de exaltación del latinismo y en que desde las columnas de muchos periódicos y desde folletos y panfletos se defendía con entusiasmo la expedición a México y hasta se la consideraba como vital para los intereses de Francia y el prestigio de las naciones latinas, más autores hubiesen utilizado la expresión América Latina. Cito a los más significativos, sin pretender con ello que esta relación tenga un carácter exhaustivo.

No faltaron voces en Francia que se levantaran contra la aventura mexicana y su confusa apoyatura ideológica en el panlatinismo. Así el liberal Ollivier subrayó que «para crear un imperio latino, tiene que haber latinos»

y la población mexicana estaba mayoritariamente compuesta por indios y mestizos. Sólo podría entenderse el latinismo en términos religiosos: catolicismo frente a protestantismo. Edgar Quinet no dejó de señalar la incongruencia que suponía defender el panlatinismo, agrediendo a una nación latina. Por su parte Lucien Anatole Prevost-Paradol consideró la expedición mexicana, como un capricho de Napoleón III, a quien en un panfleto anónimo se le atribuyó haber afirmado que la instauración de una monarquía católica en México había sido «la plus belle pensée de mon règne».

En esa misma década de los sesenta del siglo pasado dos hispanoamericanos empiezan también en París a utilizar el gentilicio América Latina. Según Phelan, a partir de 1864. Más adelante veremos que esta fecha no es exacta. Se trata del escritor y diplomático colombiano José María Torres Caicedo y del historiador y juriconsulto argentino Carlos Calvo.

Torres Caicedo (nacido en Bogotá en 1827, muerto en 1889) representó a su país, así como a Venezuela y a El Salvador, en Francia y en Inglaterra. Presidió el Congreso de americanistas de Nancy y la Comisión de América Central y Meridional para la Exposición Universal de 1878. Fue miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la de Ciencias Morales y Políticas de Francia. En París conoció y entabló amistad con el autor del *Don Juan*, José Zorrilla, a quien dio varias cartas de presentación, cuando viajó a América. Sin duda era una de las personalidades hispanoamericanas más sobresalientes en el París de esos años. Publicó numerosas obras, pero a nuestro propósito nos interesa señalar *Unión Latinoamericana. Pensamiento de Simón Bolívar para formar una liga americana*, publicada en París en 1865; y los *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de América Latina*, aparecida también en París en 1868.

Carlos Calvo nació en Montevideo en 1822 y murió en París en 1906. Fue uno de los fundadores del Instituto de Derecho Internacional en 1885. Fue miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, del Instituto de Francia y de la Academia Española de la Historia. Representó, como embajador, a la Argentina en Berlín, Londres, Washington y París. Es conocido en América por ser el creador de la doctrina que lleva su nombre, que sentó el principio de la igualdad jurídica de los Estados y, por consiguiente, la igualdad completa entre nacionales y extranjeros ante la ley territorial, frente a la tesis de la protección diplomática sin límites (*unlimited protection*), practicada por las grandes potencias. La doctrina Calvo desembocaría en la de la «no intervención». En la década de los sesenta publicó en París *Anales Históricos de la Revolución de la América Latina, desde 1808 hasta el reconocimiento de su Independencia*, en cinco volúmenes; y en francés y en español *Recueil complet des traités*,

*conventions, capitulations, questions de limites et autres actes diplomatiques de tous les états de l'Amérique Latine depuis l'année 1493 jusqu'a nos jours*, en quince volúmenes.

En una amplia y documentada obra, publicada en 1991, bajo el título *Los cien nombres de América*, el chileno Miguel Rojas Mix reivindica la paternidad del apelativo América Latina para su compatriota Francisco Bilbao. Lo utilizó por primera vez en una conferencia que pronunció en París el 24 de junio de 1856, que se conoce con el título de *Iniciativa de la América*. Le siguió muy de cerca el antes citado Torres Caicedo, quien tres meses después casi día por día —el 26 de septiembre del mismo año— escribe, también en París, el poema «Las dos Américas», en dos de cuyos versos dice:

La raza de América Latina  
Al frente tiene la sajona raza.

Rojas Mix especula con la probabilidad de que Torres Caicedo hubiese asistido a la conferencia de Bilbao, a la que habían sido invitados los hispanoamericanos residentes en París y que, después de haber oído de sus labios el gentilicio Latinoamérica lo hubiese adoptado y tomado para sí. El propio Torres Caicedo en 1875 se jacta de que «desde 1851 empezamos a dar a la América Española el calificativo de latina». Pero ni aún los que le atribuyen, como Ardao, la paternidad de la denominación pudieron encontrar pruebas de que la hubiese utilizado antes de 1856.

En cualquier caso la expresión América Española no fue desterrada por completo y durante algún tiempo siguió utilizándose alternándola con otras denominaciones como «estados sudamericanos», «repúblicas hispanoamericanas» y «países latinoamericanos», que fue la que finalmente se impuso. Más aún la idea de razas latinas «llamadas a predominar en nuestro continente» no se oponía a la de América española, sino a la de imperialismo y de manera concreta al expansionismo hacia el sur de los Estados Unidos. Sin duda Bilbao, como destaca su compatriota Rojas Mix, fue quien mejor entendió la denominación América Latina, como paradigma de identidad anticolonial y antiimperialista de cualquier signo que sea, como demuestra el hecho de que la abandonara tras la invasión napoleónica a México, por entender que la idea de latinidad estaba sirviendo como señuelo para legitimar el colonialismo de Francia y para enmascarar sus afanes imperialistas.

Torres Caicedo también repudió la agresión francesa a México, pero ello no le llevó a perder su fe en la latinidad, ni a abandonar el término Latinoamérica. Esta persistencia y, sin duda, el hecho de que desde su

posición preminente en París haya contribuido poderosamente a difundirlo no sólo en publicaciones, sino también en medios oficiales y políticos, explica el que, con frecuencia, y no por aficionados, sino también por estudiosos del tema, se le venga atribuyendo la paternidad del gentilicio América Latina. No siempre a los descubridores —recuérdese el caso de Colón y Américo Vespucio— se les concede el padrino en los bautismos.

En América se utiliza, según los datos de que dispongo, por primera vez por los congresistas de Lima en las sesiones del Congreso de 1864-65. Y en Panamá lo emplea Justo Arosemena en su *Estudio sobre la idea de una liga americana*.

Con independencia de quién haya sido el inventor del gentilicio América Latina, no cabe duda de que fue en París donde franceses y latinoamericanos allí residentes le dieron carta de naturaleza, en plena exaltación del panlatinismo y desde donde su uso se difundió, incluso por medio de un periódico titulado *La América Latina*, editado en la capital francesa, hasta ser aceptado y adoptado en todo el mundo.

El término Latinoamérica sobrevivió al fracaso napoleónico y al hundimiento del imperio de Maximiliano en México, si bien perdió su contenido racial y religioso para apoyarse más en lo cultural. En este sentido lo emplearon en sus periplos por Latinoamérica los presidentes franceses Auriol y De Gaulle.

Para los latinoamericanos era una fórmula que les permitía adoptar un nombre genérico que abarcarse a todo lo que había sido la América española desprovisto de cualquier vinculación, aunque fuese nominal, con la antigua metrópoli.

En Estados Unidos, a pesar de que el concepto de América Latina había nacido con una fuerte carga antisajona, el término fue aceptado rápidamente y sin dificultades no sólo porque el genio de Francia imponía en esos momentos modas y modas, sino porque les resultaba un instrumento dialéctico cómodo para diferenciar a la América anglosajona poderosa de la que se extendía al sur del río Grande. Woodrow Wilson fue el presidente de Estados Unidos que por primera vez utilizó oficialmente el vocablo, lo que supuso su consagración definitiva.

Italia lo aprovechó de manera inteligente. Era una forma de integrarse en la epopeya del descubrimiento, en la que habían participado grandes individualidades italianas (Américo Vespucio, Pedro Mártir y Colón, si es que era genovés) y al propio tiempo de respaldar su tardía emigración a América, especialmente a Mar del Plata.

Con frecuencia se comete el error de creer que el vocablo Latinoamérica se introdujo so capa de que englobase a Haití. Incluso Madariaga cae en él. En su obra *Presente y porvenir de Hispanoamérica y otros ensayos* escribe: